

Raimun. Será moral i profundo.

D. Tad. Una enferma...doña Rosa,
recibe la comunión....

Raimun. Comprendo...una invitacion
para esa fiesta piadosa.
No faltará quien acuda.

D. Tad. I tú ; sin impertinencias ?

Raimun. (con fingida formalidad) Me lo impiden
mis creencias.

D. Tad. ¿ Cuáles ?

Raimun. Profeso la duda.

D. Tad. Hombre!

Raimun. I me inspiran desvío
esas ceremonias tristes.

D. Tad. ¿ Qué se dirá si no asistes ?

Raimun. Dirán que soi un impío.

D. Tad. Te atronarán las orejas
a insultos; ¿ no te da horror ?

Raimun. Arrostraré con valor
la cólera de las viejas.

D. Tad. (encolerizándose) Raimundo!

Raimun. Rompí los lazos
religiosos: no practico.

D. Tad. (dejando asomar sus correas)
Hombre, si fueras un chico,
te diera unos correazos!

Raimun. Ja!...ja!...se finge Ud. lobo,
i es.....

D. Tad. (alarmado) Qué?...

Raimun. (pasándole el brazo por el hombro)
Un sujeto excelente.

D. Tad. (ap.) Hoi no está mui insolente.

Raimun. Mui respetable...i mui bobo.

D. Tad. Fus tu maestro.

Raimun. ¿Lo olvido?

D. Tad. Considerarme debieras,
pues que te di las primeras
lecciones que has recibido,
i te enseñé....

Raimun. A hacer palotes.

- D. Tad.* I sufrí tu rebeldía.
Raimun. Nó, que Ud se resarcía
con cada tunda de azotes!....
- D. Tad.* Eran por tu bien.
Raimun. Tambien?
- D. Tad.* Por eso, sólo por eso.
Raimun. Si eran por mi bien, confieso
que me hizo Ud. mucho bien.
- D. Tad.* I aun fué mi mano mui blanda.
Raimun. Protesto.
- D. Tad.* Estuve mui flojo.
Raimun. Vamos, Ud. tiene antojo
de propinarme otra tanda?
- D. Tad.* La correccion recta guía
las enseñanzas morales.
Raimun. Sí, señor, hai cardenales
que conservo todavía;
i explicará Ud. lo mismo....
la manzana....Eva....el pecado...
Ud. tan sólo ha probado
que es bien fuerte en catecismo.
- D. Tad.* Pues consigue uno mas diestro
para un pueblo en que se grita,
que la enseñanza gratuita
es no pagar al maestro.
- Raimun.* Ud. pronto se consuela.
Si le faltan los socorros,
será rico, tendrá ahorros.
- D. Tad.* Rico un maestro de escuela?
i aquí, oh! por Belzebú,
donde la usura es oficio
si es inmenso beneficio
que ignorar no puedes tñ.
No lo digo por desdoro;
mas ¿quién da aquí dos pesetas
por las sucias papeletas
que jamas paga el Tesoro?
Escucha; en mi juventud,
prometí el esposo ser
de Jacinta, una mujer

de incomparable virtud.
Pasámos la vida toda
con afan extraordinario,
ahorrando lo necesario
para el gasto de la boda;
¡tan poco de sí deja
el trabajo de la pluma,
que, ántes de reunir la suma,
Jacinta murió de vieja.

Raimun. Prueba esa historia sucinta,
la salvacion de su alma,
pues subió al cielo con palma
la buena doña Jacinta.

D. Tad. Es verdad.

Raimun. Su mala estrella
se ha de trocar en consuelo,
cuando suba Ud. al cielo
para reunirse con ella.

D. Tad. De aquí su imagen no borro.

Raimun. Mas perderá la ilusion,
si al volar a esa mansion,
vuela Ud. con ese gorro.

D. Tad. Se buria! . . . esto es demasiado,
¡quieren que no le deje
perderse. . . . Que le aconseje. . . .
su madre. . . . yo estoi cansado.

Oye: en tu naturaleza
ha encarnado Satanás,
estás condenado, irás
al infierno de cabeza.

Ya no hai respeto al anciano.
¡Qué generacion! . . . ¡qué ideas!

Hacen falta unas correas
a todo el género humano. (*vase.*)

ESCENA 6ª.

RAIMUNDO.

Pobre hombre! . . . le desespero
no puedo dejarle en paz

i es un bendito incapaz
de hacer daño, i . . . yo le quiero,

ESCENA 7ª.

RAIMUNDO i JUANITA.

Juanita. Está aquí.

Raimun. *Juanita.*

Juanita. Vengo
por un rosario bendito
para el altar. ¿Quieres verlo?
Va a ser un altar magnífico;
¡qué de cintas caprichosas!
cuántas luces! . . . qué de cirios! . . .
cuajado está de reliquias
i de adornos preciosísimos;
en los jarrones hai flores
de los colores mas vivos,
i tan frescas, que conservan
en sus hojas el rocío.
Todo el suelo está sembrado
de mistura con tomillo,
i en una copa de plata
quemán zahumerio los chicos.
Cada cual lleva un adorno,
una alhaja, un ramo, un signo
de devoción, o una prueba
de respeto o de cariño;
i las lámparas ardiendo,
i los cirios encendidos,
i las flores i guirnaldas
embalsaman aquel sitio,
i lo alegran con sus galas
i deslumbran con su brillo,

Raimun. De véras?

Juanita. Sí, allí van todos
con sus mejores vestidos,
i la gente va saliendo
como si fuera domingo;
todo el mundo va a la Iglesia,

la plaza hierve en corrillos;
para tanta concurrencia
faltan faroles, de fijo:
i se disputan el palio
los que se creen mas dignos;
nunca he visto tanta bulla,
tanta union, tantos amigos,
ni un viático que se lleve
sin lágrimas ni suspiros.

(*se oyé una campana*) Ya la campana lo anuncia,
i nos llaman los sonidos....
Ven, Raimundo....

Raimun. Me danganas....
pero sería ridículo.

Juanita. Para el tiempo que has de estar
con nosotras.... Ya ha venido
Tomas.

Raimun. ¿Dónde está?

Juanita. En la plaza,
descansando del camino.

Raimun. Me alegro!....

Juanita. Qué descastado;
a mí me ha dado un fastidio!
Tomas algo nos oculta,
tiene un aire.... Jesucristo!

Raimun. ¿Quieres ir a Cartagena,
a correr tierras conmigo?

Juanita. No me gustan esas bromas:
iría con mi marido,
i doña Teresa.

Raimun. Pues
i todos los vecinos,
en familia.

Juanita. Sí, en familia.
Apénas he conocido
la mía, i sé por lo tanto,
el valor de ese cariño.

Raimun. Preocupaciones de pueblo!
Mira, el hombre no ha nacido
para hundirse en un terreno

como el tronco de un olivo;
la familia que le clava
en el hogar, es un vínculo
perjudicial, insufrible.

Juanita És un afecto . . .

Raimun. Extinguido.
Pierden sus hijos los padres,
quedan sin padres los hijos,
i nada ocurre . . . unas lágrimas,
i es asunto concluido.
Acabarán las familias
en lo que resta del siglo,
i vivirán ámbos sexos
dulcemente confundidos . . .
no habrá en el siglo que viene
ni casadas, ni maridos . . .

Juanita. Calla! que da miedo oírte;
tu corazón está frío.

Raimun. I se quema si lo miras
con esos ojos tan lindos! . . .

Juanita. No me engañan tus palabras (*dirigiéndose a la puerta*) cuántas veces me lo has dicho!
¡Tomas viene!

Raimun. Iba en su busca.

Juanita. Voi al instante a advertírselo
a tu madre. (*sale.*)

ESCENA 8.ª

RAIMUNDO I TOMAS (*que viste de uniforme.*)

Raimun. (*saliendo a su encuentro.*) Bien venido!
Tomas! . . .

Tomas. (*con vacilacion*) No sé, lo confundo.

Raimun. No me recuerdas? . . . Raimundo.

Tomas. Qué! . . . si estás desconocido.

Raimun. Viene Juan?

Tomas. Nó.

Raimun. ¿Tú le viste?

Tomas. Vaya que nó.

Raimun. Quedó sano?

Tomas. (Cómo le digo a su hermano
que el pobre Juan ya no existe!)

Raimun. ¿I no te dió para mí
un buen apretón de pecho?

Tomas. Me encargó un abrazo estrecho
(*abrazándolo*) la última vez que le vi.

Raimun. Tiene el pobre un corazón.
que una dama envidiaría;
recuerdo con pena el día
de nuestra separación.
Entre sus brazos me alzaba;
al verme reír, reía;
todos mis gustos hacía;
i . . . es claro, yo le adoraba.
Pero . . . te veo muy majo.

Tomas. Lo dices por los galones?

Raimun. Si hasta en viaje el trapo pones!
Si lo luces a destajo! . . .

Tomas. Es mi gala de soldado,
i la usaré con frecuencia,
porque tengo la evidencia,
de lo bien que la he ganado.
Deben pesar como plomo,
deben tenerse escondidas,
las galas inmerecidas
que se obtienen . . . no sé cómo.
Mas lo que se gana a prueba
de trabajos i de honor,
se presenta sin rubor:
honra al hombre que lo lleva.

Raimun. Sí; sólo que te corresponde.

Tomas. Distinción que he recibido
de la patria.

Raimun. Concedido.

I qué es la patria? responde.

Tomas. (*vacilando*) Eh! . . . no me sabré explicar.

Raimun. No es fácil tan de repente. . . .

Tomas. (*con calor*) Un cariño que se siente
sin poderlo remediar.

Me indigna, me causa pena,
¡es indignacion honrosa
la ira en que el pecho rebosa
al oír ; muera Cartagena!
que es mas ruda, que es mas fuerte,
contra los que, bajo cuerda,
hacen que el fruto se pierda
de la sangre que se vierte.
De noche en el campamento,
es el asunto forzado
de los cuentos del soldado
rendido ¡ calenturiento,
que habla siempre con placer,
alegre, o en tono grave,
del suelo que nadie sabe
cuántos volverán a ver
¡ su recuerdo desgarrá,
¡ anima los corazones,
¡ hace improvisar canciones
al compás de la guitarra.
Es, Raimundo, esa virtud,
que ha sacado de sus lares,
colombianos a millares,—
la flor de la juventud!
Es grito del corazón,
que hace al hombre noble ¡ fuerte,
en presencia de la muerte,
al estruendo del cañón!

Raimun. Extraña virtud que excita
a matar al semejante.

Tomas. No pensára así un farsante.

Raimun. Es que soi cosmopolita!
Mi patria no tiene nombre.

Tomas. ¿Cuál es tu patria, Raimundo?

Rasmun. Es todo lugar del mundo
habitado por el hombre.

Tomas. (Que muera por esta gente
tanto hombre lleno de fe!
Merece que se le dé
la noticia de repente;

suceda lo que suceda.) (*le toma de la mano, i se dispone a revelarle la muerte de Juan, cuando viene doña Teresa.*)

ESCENA 9.^a

DICHOS, DOÑA TERESA I JUANITA.

D. Ter. Hola, Tomas! (*dándole la mano.*)
Tomas (*estrechándose la*) (*Qué iba a hacer;*
la madre! pobre mujer!)

D. Ter. I mi hijo Juan?

Tomas. Allí queda.

D. Ter. ¿I por qué no vino ahora?

Tomas. En tierra lo despedí.

Raimun. En tierra?

D. Ter. Ah! ¿queda allí
descansando?

Tomas. Sí, señora.

Raimun. No varía. Siempre ha sido
cómodo: hacemos contraste;
apuesto a que lo dejaste
tendido

Tomas. Cierto, tendido.
(*Esto es atroz.*)

Juanita. (*En su acento
cierta tristeza se advierte.*)

Tomas. (*Qué ciegos! No ven la muerte,
por más que se la presento.*)

D. Ter. Yo abrigo un temor profundo:
el que espera, desespera.
Vendrá?

Raimun. No es fácil que quiera
quedar por siempre

Tomas. Raimundo!

Raimun. Pronto espero su llegada.

D. Ter. Pues yo estoy mui recelosa.
¿Le hará falta alguna cosa?

Tomas. No necesita de nada.
(*No me atrevo a entristecerla.*)
Voi, no he visto todavía

- a mi madre... ella me envía.
D. Ter. No la has visto? Corre a verla.
Cada minuto es un año
para una madre que aguarda
Juanita. La llamo?
D. Ter. [a *Juanita.*] Que se retarda.
Tomas. [Su ternura me hace daño.]
Voi a verla.
D. Ter. Calla!.... Calla!....
Te esperan
Tomas. Volveré presto.
D. Ter. Hablaremos mucho.
Tomas. [Esto
es peor que una batalla.]
D. Ter. El pensar cuánta caricia
le hará su madre, consuela.
Tomas [saludando] (Diré al maestro de escuela
que dé la mala noticia.)

ESCENA 10.^a

DICHOS, *ménos* TOMAS.

- Raimun.* Doña Teresa! [con alegría]
D. Ter. ¿No tienes
nombre mas grato que darme?
Raimun. ¿No es el de Usted?
D. Ter. Es el mío.
Pero dí, ¿no soi tu madre?
Raimun. Por eso no necesito
repetirlo a cada instante.
Decía, doña Teresa,
que cómo va mi equipaje?
D. Ter. En multiplicar la pena
que me agobia, te complaces.
I sólo me hablas, Raimundo,
de tu partida?
Juanita. Sí: sabe
que hace daño, i lo repite.
Raimun. Bueno, deberé encerrarme
entre estas cuatro paredes,

donde nada me distrae,
porque no hai nada.

D. Ter. ¿No es nada
nuestro cariño? . . . qué ultraje!
¿Nada te dice esta casa
ni la fuerza de la sangre?

Raimun. Ya sé que usted ha leído
novelas sentimentales.

D. Ter. Hai novelas i son muchas,
que están llenas de verdades,
i hechos ciertos que parecen
invenciones repugnantes.
Cuando buscabas con gozo
el regazo de tu madre,
¿cómo sospechar que un día
llegáras a despreciarme?
Hoi evitas mi presencia;
i cuando niño, al dejarte,
ibas por toda la casa,
desconsolado, llamándome.
No eres el mismo; te escucho.
i examino tu semblante,
i espanta la diferencia
que hai, entre el hombre i el ángel.
Todo era entónces sonrisas,
cariño, inocentes frases;
yá para mí sólo tienes
indiferencia o desaires.
En ti gasté mi ternura,
por tí he llorado a raudales,
i rezado por tu dicha,
ante todas las imágenes;
hoi de mi lado te ausentas;
i pretendes alejarte,
como cuando dos extraños
se encuentran en un viaje
i al terminar la jornada
se separan sin mirarse;
abandonas esta casa,
como si aquí no dejases

Heridos:

Comandante Mateo Salcedo.
Capitán Rafael Páez (1er. Edecán d
tador).
Teniente N. Arráez.
„ N. Carreño.
Ayudante N. Casanova.

Subtenientes:

N. Núñez.
N. López.
N. Longares.
N. Brillet.
Ayudante Encinoso.



Iglesia de San Mateo.

Para 1812 era de dos naves, como está hoy: la principal y la del Evangelio y el Cementerio al lado izquierdo de la primera; pero habiendo sufrido ésta en el terremoto de 1812, sólo quedó útil por entonces la nave del Evangelio, donde está el altar de la Santísima Trinidad, y una imagen igual a la de la Capilla de la familia Bolívar en la Metropolitana de Caracas.

La Iglesia de San Mateo existía para 1781, que fue el Obispo Martí, tal como está hoy; pero en estos años se le puso pavimento de cemento romano, y se pintó de color naranja a la Capilla del Evangelio.

En el arco toral del Presbiterio de la nave Matificada años después, cuelga la lámpara de plata, que Don Juan Vicente Bolívar, padre del Libertador, regaló a aquella Iglesia en 1785, un año antes de su muerte, y de la cual publicó la lámina el autor de estos estudios en *El Constitucional*, número 1.596, de 29 de marzo de 1906; y además se expuso aquella lámpara en la Exposición de Arte cristiano en Caracas en 1907".

La inscripción de la lámpara dice así:

nos distraeremos llorándole.
[*quedan llorando abrazadas.*]

ESCENA 12.ª

DICHOS I DON TADEO.

D. Tad. (*En el fondo*) Sea por Dios. No hai dolor
en que yo no tome parte.
Véamos de dar el golpe
de una manera suave.
Es mi signo dar disgustos....
Ah! están llorando! Lo saben.
Las malas noticias llegan
sin que las sienta nadie.
Me ha evitado la explosión
primera.... Hai que resignarse.

D. Ter. Soi mui desgraciada.

D. Tad. Es cierto.

D. Ter. Pierdo un hijo.

D. Tad. Es deplorable.

[No hai duda lo sabe todo;
si lo conocí al instante.]
Dios nos prueba: en esta vida
habitamos en un valle
de lágrimas; pero en la otra,
Dios abre el cielo a los mártires.

D. Ter. I tan mártir.....

D. Tad. Traspasado
su pecho.....

D. Ter. Es insoportable
mi dolor.....

D. Tad. Pero él en cambio
no sufre.

D. Ter. Sufre su madre.

D. Tad. Sin embargo, algo atenúa
ese desconsuelo grande,
saber que Juan derramó
gloriosamente su sangre,
por defender a su patria
del oprobio i del pillaje!....

D. Ter. [*con horror*] Mi hijo ha muerto!

Juanita. [*a D. Tad.*] ¡Qué imprudencia!

D. Tad. ¡Lo ignoraba! ¡qué catástrofe!

Juanita. [*sosteniendo a D. Ter.*] Agua!

D. Tad. [*trayendo un vaso*] ¡Soy un majadero!
un asesino, un salvaje!

Perdon!

D. Ter. [*rechazando el agua*] Déjame que muera!

Juanita. Llore usted.

D. Ter. ¡Qué he de llorarle!

si de llorar por el otro,

no hai llanto en mis lagrimales!

Por su hermano fueron siempre

mis penas i mis afanes,

mis sacrificios mayores,

i mis besos mas amantes.

I Juan que muere mas ¿cómo?

Verá hoy sin duda indignándose,

que le faltan en su muerte

las lágrimas de su madre. [*corre a la*

puerta por donde salió Raimundo, i golpea en ella.]

ESCENA 13.^a

DICHOS I RAIMUNDO.

Juanita. ¿Qué hace?

D. Ter. ¡Raimundo! ¡Raimundo!

Raimun. [*saliendo*] ¿Qué ocurre?

D. Tad. [*se acerca a la puerta del foro i hace señas a Tomas.*] Fuí un inhumano!

D. Ter. Que yá no tienes hermano,
i que estás solo en el mundo.

Raimun. ¡Juan ha muerto!

D. Ter. (*con impetu*) Huye al instante!
Deja esta casa vacía. . . .

Raimun. ¡Juan ha muerto! [*Lloraría,*
si no estuviera delante].

Juanita. [*a doña Teresa, señalándole a Rai-*
mundo.] Tiene baja la mirada;
su rostro indica dolor.

D. Ter. Ah! . . . sí! ¡ dice que el amor
de la familia no es nada.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS I TOMAS.

D. Ter. ¡Tomas!

Tomas.

Señora.

D. Ter.

De aquí

salisteis juntos, Tomas,
¡ me abrazó donde estás
la última vez que le vi.
Vuelves solo los abrazos
de tu madre a recibir,
¡ yo ni aun puedo decir,
le vi muerto entre mis brazos!
Yace entre gentes extrañas . . .
En su patria halló la muerte.
Háblame, ¿ves? estoy fuerte,
del hijo de mis entrañas!

Tomas (adelantándose) Calmar quiero vuestro afán.

Si a tal el deseo os empeña,
os haré breve reseña
de la noche de San Juan.
Eran las once: cubierta
por oscuridad sombría
la noche, tal parecía
Solo nuestro Dios alerta.
Bajo el silencio imponente
de esa noche, el coronel,
siempre bravo, siempre fiel,
ordenó armarse la gente.
Cinco bongos, ocho escuchas,
componen nuestra escuadrilla;
pero con nos va Padilla,
¡ él solo vale por muchas.
Casi yéndonos a pique,
salimos de la ribera,
dando por la vez postrera
nuestra mirada a Cospique.

Ya cerca de la bahía
del Manzanillo salió
una luz que iluminó
con la claridad del día.
Dos cañonazos siguieron
a la señal imprudente,
i los fuegos de repente
por doquiera se rompieron.
“¡A las armas!”, ese grito
se escuchaba en todas partes,
i los fuertes baluartes
nos hacían daño maldito.
Padilla emprendió la lucha;
i en dirección a la luz
del fuego del “Andaluz”,
puso la proa de su escucha.
Valor fuerte, alma que late,
en el topc la bandera,
acá la gloria que espera,
i ansia allá por el combate.
Para el desco impaciente,
tárdo el tiempo parecía:
la escucha no se movía.
¡A tener alas la gente!
Nuestros bongos oh! qué prez
para el suelo colombiano!
si cabía en una mano
cada cáscara de nuez!
“A qué el honor del cañon”,
dijo Padilla: “no es gloria;
no se anhele otra victoria
que el arrear su pabellon!”
Con rapidez sobrehumana
holló el “Andaluz” su pié,
i on seguida Villarroé,
luego Hernández i Quintana;
todos seguimos, en fin,
con alma fuerte i serena;
con un “Viva Cartagena!”
comenzámos el festin.

Muerte, exterminio, pavor,
 se sembraba por doquiera;
 los unos gritaban “¡Muera!”
 otros clamaban “¡favor!”
 I ante aquel cuadro pomposo
 que alumbraba el cañoneo,
 hicimos del mar trofeo
 al “Andaluz” poderoso.
 “¡Viva Colombia!” se oía
 a lo léjos exclamar.
 ¡Viva! volvió a resonar
 en torno de la bahía.
 Mas un hombre, ¡voto a Cien!
 no era un hombre, era una fiera,
 alza en alto la bandera,
 gritando “¡Viva!” también;
 mas retumba allá el cañon,
 otro “viva!” en voz mas fuerte;
 i en la cubierta cae inerte,
 abrazado al pabellon. . . .
 Era Juan,

D. Tad. Me hace llorar
 tanto valor i heroísmo.

Raimun. (Su relato, a un tiempo mismo,
 infunde orgullo i pesar.)

Tomas. Oh sí! por aquella accion
 tendrá mi patria dichosa,
 la página mas hermosa
 que anhele cualquier nacion.
 Muerto Juan como un valiente,
 el ángel de la victoria,
 con el laurel de la gloria,
 visueño ciñó su frente.
 Oh! mañana exclamarán
 mil labios, narrando el hecho:
 “¡Quién hubiera expuesto el pecho
 en la noche de San Juan!”
 España viste de duelo;
 Colombia ostenta sus galas,
 i el Condor tiende sus alas

hacia el Ándes en su vuelo;
i al contar la maravilla
de este triunfo sobrehumano,
el héroe venezolano
clamará “¡Viva Padilla!”

(a doña Teresa) De ese llanto los rigores
contenéd, que no os sucumba:
muerto Juan, sobre su tumba
sólo deben lucir flores.

D. Ter. ¿I no habló nada?

Tomas.

Un momento:
fué un momento de guerra;
yo, con la rodilla en tierra,
escuché su testamento.
Al preservar mi honor,
me dije en tono severo:
“No llore, Tomas, que muero
por la patria.”

(mente a Raimundo.)

¿Qué lección!

D. Ter. Sigue!

Tomas.

Me estrechó la mano,
i del brazo se quitó
esta insignia, i exclamó:
“la insignia para mi hermano!”

Raimun. (enternecido, i alargando la mano para
tomarla; Tomas la retira) La cuidaré con afán.

Tomas. Si es un trapa.

Raimun. (con vehemencia) Nó, mentí!

Tomas. No hai patria . . .

Raimun. (con la mano en el pecho) La siento aquí.

Tomas. ¿Cuál es?

Raimun. La patria de Juan!

Tomas. (le entrega el galon i lo abraza.) (a
doña Teresa.) “Mi madre tendrá un profundo
pesar”, me dijo afectado,
“que . . . no llore . . . i que a su lado
viva amándola Raimundo”.

D. Ter. Sigue . . .

Raimun. (Que todo me acuse.)

D. Ter. ¿Nada te dió para mí?

Tomas. El escapulario.

D. Ter. Ah! sí!

el que yo misma le puse.

Tomas. (dándole el escapulario)

Perdone Ud. si la aflijo.

Valor! ca!

D. Ter. Está manchado

de sangre . . .

Tomas. La de un soldado

digno.

D. Ter. (ve el escapulario.) ¡Sangre de mi hijo!

¡Nunca tormentos mayores

rasgaron mi corazon!

Ai! os llaman con razon

la Virgen de los Dolóres.

Vos erais su protectora,

vos preservabais su pocho

de las balas . . . ¿qué habeis hecho

del hijo mio, Señora?

Tomas. Yo le vi cuando moría,

sonreir besando su imágen.

D. Ter. (besando el escapulario)

¿I permitís que os ultrajen

mis labios, Virgen María?

Sólo a vos al lado se halla

de los hijos que caen muertos

en el mar, en los desiertos,

i en los campos de batalla.

Perdonád la queja triste

de una mujer afligida,

i sed madre en la otra vida

del hijo que ya no existe!

Sobre su tumba lejana,

nadie vela sino vos . . . (se oye a lo

lejos las campanillas del viático.)

D. Tad. Arrodillémonos: Dios

va a despedir a una anciana.

(Todos se arrodillan, excepto Raimundo, que se descubre sin embarazo, con respeto, i que a su pesar va voco a poco incliniéndose miéntas dice lentamente)

Raimun. Me recuerda la agonía
de mi hermano, ese sonido;
él anunciará algún día
tambien, el postrer latido
de mi madre. . . . ¡Ai madre mía!

(Cae de rodillas junto a su madre i le besa la mano. Todos se levantan excepto Raimundo. Todos dan muestras de contento i ternura.)

D. Ter. *(volviéndose hácia el sitio por donde sonaron las campanillas del viático.)*

¡Señor, nadie os ruega en vano!

Raimun. No abandonaré el hogar.

D. Ter. *(alzándole i abrazándole)*

Pierdo un hijo i otro gano.

(levantando el escapulario, i dirigiéndose a la Virgen, rompe a llorar.) ¡Gracias! ya puedo llorar
por Juan, por tu pobre hermano!

(Juanita i Raimundo abrazan a doña Teresa. Don Tadeo da la mano a aquel.—Tomas se coloca en el lado opuesto.)

D. Tad. *(a Raimundo.)* Esta generosa accion
contigo me reconcilia.

Tomas. Necesita el corazon
la patria, la religion,
i el amor de la familia.

FIN.